

CRONICA RETROSPECTIVA

Mozart y la música del Rococo

LA MUSICA RELIGIOSA EN LA CORTE

Me entretengo en este momento en escribir música de iglesia. Tenemos aquí dos excelentes contrapuntistas: los señores Haydn y Adlgasser. Mi padre es maestro de capilla en la Catedral, lo que me ofrece ocasión de escribir tanta música de iglesia como quiera.

Nuestra música de iglesia es muy diferente de la de Italia y cada día más. Así, una Misa con Kyrie, Gloria, Credo, sonata en la Epístola, Ofertorio o Motete, Sanctus y Agnus, incluso la Misa más solemne, la que el Príncipe-Arzbispo dice... no debe durar más de tres cuartos de hora. Es preciso un estudio especial para salir con bien en esta clase de composición; además de que se exige que sea una Misa con gran orquesta, con trompetas de guerra, timbales, etc.

(Al Padre Martini. 1776).

EL JUBILO DE CREAR, ENTRE OTRAS NECESIDADES.

Siento el deseo irrefrenable de escribir de nuevo una ópera. El camino es largo, es cierto, pero nos encontramos todavía muy alejados del momento en que yo debería escribir esta ópera. De ahora a entonces, muchas cosas pueden cambiar. Creo que se podría siempre entablar una negociación. Si en esa época no he encontrado empleo, tendría todavía el recurso de partir a Italia. Esto serían siempre mis 100 ducados seguros para el Carnaval y una vez que estrenara en Nápoles, se me buscaría de todas partes. Hay, por otra parte, aquí y allá, en la primavera, el verano o el

invierno, bastantes ocasiones de escribir una «ópera bufa»... aunque no fuera más que por ejercitarse y no permanecer ocioso. Es cierto que no se gana mucho, pero de todas formas es algo; y uno alcanza por este medio más honores y reputación que con cien conciertos en Alemania. Y además, soy feliz cuando tengo que componer, es mi único júbilo, mi pasión.

(A su padre. 1777).

UNA CANTANTE DEL SIGLO XVIII.

La primera cantante se llama Keiser; es la hija de un cocinero de un conde de aquí (Münich). Muy agradable muchacha, hermosa en escena... todavía no la he visto de más cerca. Ha nacido aquí. Cuando la escuché, era la tercera vez que actuaba. Tiene una bella voz, no potente, pero tampoco débil, muy pura y de buena emisión. Cuando debe «filar» durante algunos compases, admiro mucho con qué belleza ejecuta el *crescendo* y el *diminuendo*. Ejecuta los trinos todavía con bastante lentitud.

La tarde en que actuó la Keiser, yo estuve en el palco de la familia Branca y con unos anteojos pude seguirla atentamente. Me ha dedicado más de una lágrima de sus ojos. Grité «bravo, bravissimo». La pieza tenía por nombre «La pescatrice». Es una muy buena traducción al francés de una ópera cuya música es de Piccini. No tiene aquí todavía obras originales. Desearían poder dar pronto una ópera seria alemana, — y se me ha expresado que debería ser yo quien la compusiera. El profesor Huber es uno de los que lo desean.

(A su padre. 1777).

HABLAR A SORDOS O CLAMAR A PRINCIPES.

Estos tres días, en casa del Conde de Salern, he improvisado mucho; después he tocado las dos cassationes dedicadas a la Condesa y para terminar, de memoria, una serenata con rondó. No os podéis imaginar la alegría del Conde. Comprende la música, porque todo el tiempo la interrumpe con sus «bravos», mientras que los otros gentiles hombres tomaban una ración de rapé, se sonaban las narices, se rascaban el cuello o iniciaban cualquier conversación. Yo le dije: «Quisiera que el Príncipe Elector estuviera aquí. Al menos, oíría algo mío. No conoce nada y no sabe lo que puedo hacer. ¡Es preciso que estos grandes señores se informen tan sólo con lo que cada uno les dice, sin querer examinar nada de por sí? Quisiera intentar un concurso. Que haga venir a todos los compositores de Múnich; que invite también a algunos de Italia, de Francia, de Alemania, de Inglaterra, de España... Me creo capaz de competir con cada uno de ellos».

Le conté todo lo que ocurrió conmigo en Italia y le rogué, si la conversación recaía sobre mí, que expusiera estos hechos. Me respondió: «Yo soy menos que nada; pero en lo que dependa de mí, contad de todo corazón».

(A su padre. 1778).

MANNHEIM Y SUS MUSICOS

Trabajo en este momento en una sonata, que ya está terminada, menos el Rondó. Tan pronto acabé el primer Allegro y el Andante, los traje a la tertulia de Cannabich y los interpreté yo mismo. Papá, no puede figurarse el éxito que obtuvieron. Estaban allí algunos músicos de la orquesta: el joven Danner, Lang el cornista y un oboísta, del que no sé el nombre, pero que toca muy bien y con un sonido muy delicado. Le he ofrecido mi Concierto para oboe, que se disponen a copiar en casa de Cannabich. Este hombre está loco de alegría y, a pesar de que sabe que es mío, le gusta mucho. Nadie me ha dicho que no esté bien compuesto. Hoy he tocado en casa de Cannabich la serie de mis diez Sonatas.

(A su padre. 1777).

Cannabich compone en este momento mucho mejor que cuando lo vimos en París. Pero lo que hemos advertido desde el primer momento, tanto yo como mamá, es su manera uniforme de comenzar las sinfonías, muy lentamente y en unísono.

Ayer en la tarde estuve en el ensayo de una nueva Misa de Vogler. En mi vida he oído algo parecido. Con frecuencia nada se encuentra de acuerdo, pasa de un tono al otro de manera que llega a hacer creer que quisiera tiraros detrás de él por los cabellos. Pero no es que esto valga la pena o se produzca en consecuencia de una forma original de decir, porque las modulaciones son por completo vulgares. No quiero decir nada del desarrollo de las «ideas». Solamente afirmaré que es imposible que una Misa de Vogler pueda agradar a un compositor que sea digno de este nombre. En dos palabras, he aquí que oigo una idea musical que no es del todo mala... sospecho que no va a limitarse solamente a no ser mala; quizás se hará pronto... ¡bella?... ¡Oh Dios, no y mil veces no! Es mala y másima en lo que se transforma; y esto de dos o tres maneras diferentes.

(Al mismo. 1778).

UNA ANTIGUA Y LEAL AMISTAD

El Bach de Londres (Juan Cristián Bach) está aquí desde hace catorce días. Viene para escribir una ópera francesa. No está aquí más que para oír a los cantantes, regresará a Londres, escribirá su obra y volverá para ponerla en escena. Su alegría y la mía, cuando nos hemos vuelto a ver, podéis representároslo. Hay que reconocer que es un hombre leal y que hace justicia a las gentes. Le quiero de todo corazón y siento una gran estimación por él. Y él, es cierto, ha hecho mi elogio delante de otras personas como ante mí mismo, no con exageración, como hacen otros, sino seriamente.

(Al mismo, 1778).

(De la edición completa de las cartas de Mozart, escritas entre los años 1769-1781).